

**A PIE
DE CALLE**



CATALINA
Gayà

Monólogos urbanos

En la Rambla de Barcelona hay un joven cuyos monólogos son una mezcla de gruñidos mezclados con párrafos de *El Capital*. El transeúnte se detendría a escuchar su discurso si no fuera porque el muchacho asalta golpes a las papeleras que se va encontrando en su camino. Este es quizás el ejemplo más extremo de soledad y desarraigo en forma de monólogo urbano. Durante dos semanas, esta cronista ha recorrido andenes y calles buscando diálogos con uno mismo y ha identificado seis tipos de monologuistas con un tema en común: la crisis.

El monólogo se representa en el metro, en paradas de bus y en aceras. En el transporte público, mezcla muecas que anuncian palabrotas tragadas y frases en voz alta que indican que tal acción o tal estado de ánimo eran hasta el 2008 inimaginables. Alguien lee en un periódico algo relacionado con algún banco y la noticia da pie a esas frases al aire que salen como exorcismos: «Qué

fuerte», «No puede ser» o «Menudo país». Este es un monólogo-vómito. El monólogo crisis también presenta la variante del monologuista que camina apresurado. Lo peor es que esta última narración parece haber desarrollado dos síntomas poco saludables: apatía social y desconfianza del monologuista hacia aquello que no sea la burbuja propia.

En el paseo de Sant Joan, el jueves pasado, un hombre caminaba haciendo ademanes frente a esta cronista. «No puede ser», «Y ahora qué hago», decía. Cabello en retirada, vaqueros, camisa y maletín. Departía solo y a nadie parecía importarle. Esta cronista le preguntó: «¿Le pasa algo?». El hombre se apartó como si la cronista tuviera intención de atracarlo. La cronista llevaba en las manos un libro de **Kazuo Ishiguro**.

El tercer monólogo es el del viaje en tren. Es intergeneracional y el monologuista suele sentir vergüenza cuando se da cuenta de que habla en voz alta. El martes pasado, parada de Sarrià. «Menuda farsa», decía una

►► Transeúntes en el cruce de la plaza de Catalunya con la calle de Fontanella, el sábado.

El discurso de la crisis va acompañado de la apatía social y de la desconfianza

universitaria de unos 22 años. ¿Desamor, primavera?, se preguntaba esta cronista.

Al darse cuenta de su diatriba, la joven de nombre **Alba** cogía el teléfono y explicaba a **María** que a su ma-

dre le acababan de echar del trabajo. «55 años». «20 en la misma empresa». «Reforma laboral». «Un asco». La cronista se enteraba por el diálogo móvil que es otra forma de monólogo porque quien escucha solo oye una parte.

El quinto monólogo es desolador: es el del anciano que habla en plural porque suele dirigirse al perro que acompaña. Hace dos semanas en un banco de la calle de Enric Granados, una señora explicaba a su perro que la niña -se su-

pone que la hija- pasaría a visitarlos. La señora, sin ningún tipo de pudor, lo repetía a una joven que se había sentado a su lado. La chica no le respondía porque llevaba unos auriculares puestos. En el 2009, esta cronista entrevistó a un chico senegalés que vivía en la calle. En un cartón había escrito: «Tengo hambre, empiezo a hablar solo». El cartón ya es otra forma de monólogo urbano, casi un soliloquio. ≡



apiedecalle@elperiodico.com



JULIO CARBÓ